

## “Los gnomos” según Jorge Luis Borges

JOSÉ ALDARIZ OROSA

Facultade de Humanidades  
Universidade de Santiago de Compostela

### LOS GNOMOS

Son más antiguos que su nombre, que es griego, pero que los clásicos ignoraron, porque data del siglo XVI. Los últimos etimólogos lo atribuyeron al alquimista suizo Paracelso, en cuyos libros aparece por vez primera.

Son duendes de la tierra y de las montañas. La imaginación popular los ve como enanos barbudos, de rasgos toscos y grotescos; usan ropa ajustada de color pardo y capuchas monásticas. A semejanza de los grifos de la superstición helénica y oriental y de los dragones germánicos, tienen la misión de custodiar tesoros ocultos.

*Gnosis*, en griego, es conocimiento; se ha conjeturado que Paracelso inventó la palabra gnomo, porque éstos conocían, y podían revelar a los hombres el preciso lugar en que los metales estaban escondidos.

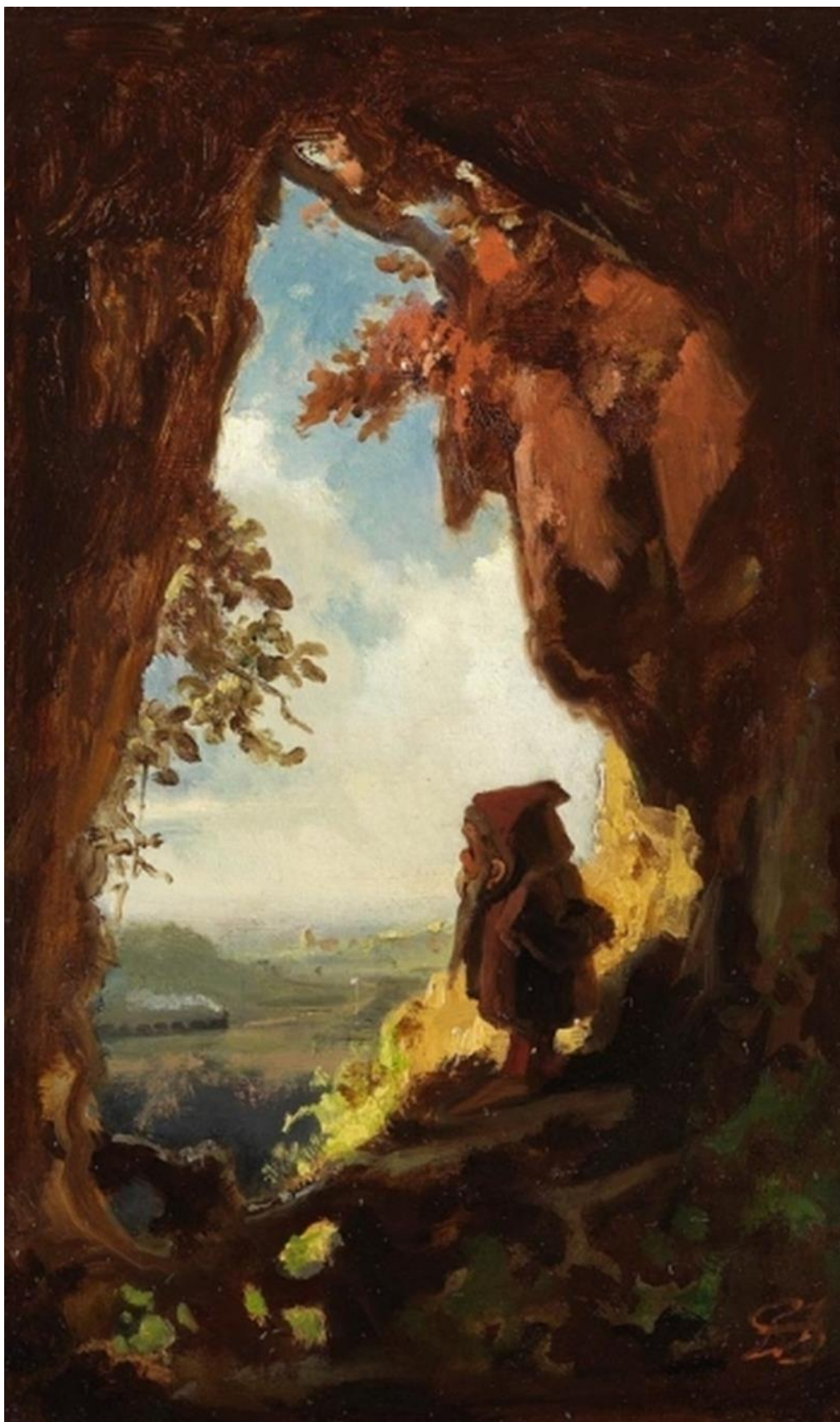
Jorge Luis Borges, *El libro de los seres imaginarios*

...

«Los Gnomos» es un texto que Jorge Luis Borges escribió en colaboración con Margarita Guerrero. El libro que lo alberga, que se publicó en México en 1957, se llamó *Manual de zoología fantástica*. Esta obra contenía ochenta y dos textos breves, entre ellos el que nos ocupa, de extensión similar a éste, que trataban el tema de los animales fantásticos. Una segunda edición fue publicada en 1967 bajo el título de *El libro de los seres imaginarios*, en donde aparecen treinta y cuatro historias más.

Antes de adentrarnos en el comentario, ha de hacerse una apreciación a cerca del género literario del texto. Está escrito en prosa, y, por su brevedad, podríamos pensar que es un microrrelato; pero no tiene ninguna de las características fundamentales que diferencian a éste de cualquier otro texto breve. No es un texto narrativo, no encierra acción, ni una sucesión de hechos; es un texto descriptivo que, por su voluntad científica, se asemejaría al ensayo si su tema no fuese fabuloso.

En el prólogo, los autores escriben: “hemos compilado un manual de los extraños entes que ha engendrado, a lo largo del tiempo y del espacio, la fantasía de los hombres”. El tema del libro es, pues, la descripción individual de estos entes fantásticos. Y sus fuentes son variadísimas: desde la mitología egipcia hasta la germánica, desde Grecia hasta Francia; describe aves míticas, como el Fénix Chino; seres compuestos, como el basilisco; seres religiosos, como el Gólem; animales reales que se creían fantásticos, como la salamandra; seres inventados por otros autores, como los Eloi y los Morlocks, de H. G. Wells. Todas estas que podríamos llamar entradas de un diccionario o enciclopedia de lo fantástico tratan de describir de un modo sucinto y eficaz a cada uno de los seres.



Carl SPITZWEG, *Gnomo contemplando el tren* (1848).

Todos los textos del libro llevan por título el nombre del ente que se describe, o bien se refieren a él mediante una perífrasis alusiva, como «Un animal soñado por Kafka». El que nos ocupa se titula «Los Gnomos», cuyo tema son estas criaturas mitológicas de origen germano.

El texto se divide en tres partes, que son los tres párrafos que lo forman. En cada uno se dibuja un aspecto referente a estos seres. La primera parte nos habla del origen de la voz *gnomo*, que es atribuida al alquimista Paracelso, “en cuyos libros aparece por vez primera”. Este personaje, nacido en Suiza a fines del siglo XV, fue real, llegando a ser famoso al creerse que era capaz de transmutar el plomo en oro. A él se le atribuye la idea de los cuatro elementos (tierra, fuego, aire y agua) a los que asignaba cuatro espíritus elementales (los gnomos, las salamandras, los silfos y las ninfas), que eran más antiguos que el mundo, como refleja el texto en su primera frase: “son más antiguos que su nombre”.



En la segunda parte se describe a los gnomos como “duendes de la tierra y de las montañas”, como enanos barbudos, según el imaginario popular, “de rasgos toscos y grotescos”, con ropa ajustada, oscura y monástica. Finalmente, se los compara con los grifos de la mitología helénica y oriental y con los dragones germánicos, pues todos ellos custodiaban tesoros ocultos.

La tercera parte remite a la primera al explicar la procedencia de la palabra *gnomo*, que viene del griego *gnosis* (‘conocimiento’). Esto se explica, según los autores, porque estos pequeños seres “conocían y podían revelar a los hombres el preciso lugar en que los metales estaban escondidos”.

Al no tratarse de un texto narrativo, es inútil aludir a asuntos como el narrador, los personajes, el tiempo o el espacio. Sin embargo, podríamos decir que el protagonista es el gnomo como ser fantástico, como idea que intenta describirse. Asimismo, Paracelso, que fue persona, es aquí un personaje, pues aparece nombrado dos veces, en el primer párrafo y en el último, y caracterizado como el creador de la palabra *gnomo* y, probablemente, también de la criatura. Del espacio nada se menciona más allá de la tierra y las montañas, que son el hábitat normal del gnomo. Del tiempo podría decirse que, dado que la publicación del texto es de 1957 y la única alusión temporal concreta es el siglo XVI, la narración (si se considera éste un texto narrativo) podía encontrarse entre esos dos puntos. No obstante, creemos que estas palabras están más cerca del ensayo que de la narración, y por ello estos aspectos no son tan relevantes.

Las figuras retóricas son escasas en el texto. Podría destacarse una enumeración en el segundo párrafo, cuando los autores describen la fisonomía y vestimenta de los gnomos. También en este párrafo, y debido a la propia descripción, aparecen varios epítetos: *barbudos*, *toscas*, *grotescos*... Todos ellos son de uso corriente a excepción del adjetivo *monásticas*, que acompaña a *capuchas*, dibujando muy hábilmente en la imaginación de los lectores su forma puntiaguda y holgada. Inmediatamente después se

establece una comparación entre estos seres mitológicos y otros, tales como los grifos y los dragones, por su afición a la custodia de tesoros. Cabe destacar, asimismo, la voz griega *gnosis* que encabeza el último párrafo.

En cuanto al estilo, los textos de *El libro de los seres imaginarios* se caracterizan por su brevedad y, al mismo tiempo, por la gran cantidad de información que presentan. En pocas palabras, apenas tres párrafos, los autores han sido capaces de efectuar la precisa descripción de los gnomos. Pero no como si se tratase de una definición taxonómica propia de una enciclopedia o un diccionario, sino de un modo más literario (tanto, que hace difícil discernir si el texto es ensayístico o narrativo), más poético, con la utilización de cláusulas complejas sin adorno excesivo que permiten aunar la información y disponerla en la frase del modo preciso.

En conclusión, este texto es un ejemplo claro de lo que para Borges era la literatura: un lúdico ejercicio verbal nacido de la desconfianza de la validez del discurso racional, que lo lleva a adentrarse en lo ideológico, lo imaginario y lo fantástico.



E. Stuart HARDY; "Un consejo de gnomos". Imagen extraída de WEATHERLY, Frederic Edward (1907); *El libro de los gnomos*. Textos por Fred. E. Weatherly, ilustraciones por E. Stuart Hardy. Londres: Ernest Nister editor; Nueva York: E.P. Dutton & Co.